

BULLYING: EL ACOSO DEL SUJETO

José Ramón Ubieta

El estado natural del adolescente es el acoso, acoso de su cuerpo púber. Una de las tentaciones para desembarazarse de él es desplazarlo a un chivo expiatorio, manipular el cuerpo del otro para dejar el suyo a salvo. Y todo esto en grupo, como falsa solución para salir del atolladero de la pubertad (1).

La vivencia de este hecho por unos y otros es radicalmente diferente. Los testimonios que encontramos en la clínica y en la literatura nos confirman el carácter traumático de ese acontecimiento para los acosados, que deja huellas indelebles y singulares, hasta el punto que a veces tienen que pasar décadas para poder hablar de ello (2). Vamos a analizar diversas variables que inciden en la subjetivación de este fenómeno.

EL BULLYING COMO SÍNTOMA SOCIAL

El acoso escolar, además de una vivencia traumática e individual, es un síntoma social que forma parte del malestar en la civilización. Analizarlo implica tomar en cuenta dos ejes: aquello que aparece ligado al momento histórico donde emerge, y lo atemporal: aquello que lo conecta con el pasado y con las razones de estructura. En el caso del *bullying*, lo que no cambia, aquello que permanece fijo, es la voluntad de dominio y la satisfacción cruel que algunos sujetos encuentran al someter a otros a su capricho, para así defenderse del desamparo ante lo nuevo. Eso ha existido siempre como el ejercicio del matonismo en la escuela, fundado en el goce que proporciona la humillación del otro, la satisfacción cruel de insultar y golpear a la víctima.

¿Qué habría de nuevo en nuestra época para explicar las formas actuales que toma este fenómeno? Distingamos cuatro claves:

1. Por una parte, el eclipse de la autoridad encarnada tradicionalmente por la figura del padre y sus derivados (maestro, cura, gobernante). Eclipse no es desaparición ya que no se trata tanto de ausencia de normas –haberlas haylas– sino de no valorar la autoridad paterna en función de su poder sino por su capacidad para inventar soluciones, para transmitir un testimonio vital a los hijos, a esos que como Telémaco, hijo de Ulises, miran el horizonte escrutando la llegada de un padre que no acaba de estar donde se le espera, para acompañar al hijo en su recorrido y en sus *impasses*. Autoridad deriva justamente de *auctor*, aquel que crea o inventa.

2. La importancia creciente de la mirada y la imagen como una nueva fuente privilegiada de goce en la cultura digital. Junto a la satisfacción de mirar y gozar viendo al semejante en el rol de víctima, hay también el pánico a ocupar ese lugar de segregado, quedar así invisible, *overlooked*. Tomo prestado este término del comentario de Lacan, en su seminario sobre «El deseo y su interpretación» (1958-59), donde relata una anécdota de Charles Darwin a propósito de una anciana que había conseguido zafarse de la muerte a pesar de su avanzada edad. Lacan destaca el verbo inglés utilizado, *overlooked*, que hace referencia a no haber sido descubierto, a pasar desapercibido para el otro, en este caso para el diablo que es quien se supone se lleva a la tumba a las ancianas (3).
3. La desorientación adolescente respecto a las identidades sexuales. En un momento en que cada uno debe dar la talla, surge el miedo y la tentación de golpear a aquel que, sea por desparpajo o por inhibición, cuestiona a cada uno en la construcción de su identidad sexual. Fue el caso de Noemí, una joven de larga cabellera y aparente éxito entre sus compañeros varones, que un día fue agredida –tras semanas de acoso– por parte de un grupo de chicas de su clase que no soportaban lo que parecía (eso le suponían) un *saber hacer* con la femineidad. La chica terminó rapada al cero.
4. El desamparo del adolescente ante la pobre manifestación de lo que quieren los adultos por él en la vida, y la subsecuente banalización del futuro. Esta soledad ante los adultos y la vida supone una dificultad no desdeñable como se ve en muchas de las fantasías y en los actos que realizan, realidades efectivas que pueden llevarles al extravío y a la soledad. Entre los refugios encontrados en los semejantes, la pareja del acoso deviene así una solución temporal.

Estos cuatro elementos convergen en un objetivo básico del acoso que no es otro que evitar afrontar la soledad de la metamorfosis adolescente y optar por atentar contra la singularidad de la víctima. Esta «fórmula» genera un tiempo de detenimiento en la evolución personal. Elegir en el otro sus signos supuestamente «extraños» (gordo, autista, torpe) y rechazar lo enigmático, esa diferencia que supone algo intolerable para cada uno, es una crueldad contra lo más íntimo del sujeto que resuena en cada uno y cuestiona nuestra propia manera de hacer.

LA ESCENA DEL ACOSO: 4 ELEMENTOS Y UN NUDO

Una lectura que el psicoanálisis nos permite hacer del *bullying* es que se trata básicamente de una escena, un cuerpo a cuerpo en el que participan varios. Nuestra lectura no puede ignorar aquí lo pulsional como

constituyente del sujeto. Las tres condiciones clásicas del acoso, establecidas en su momento por Olweus (4), se pueden deletrear también en clave psicoanalítica. Por una parte, hay una intencionalidad agresiva que propone un destino a la pulsión sádica; una continuidad de la escena fija y un desequilibrio acosador-acosado marcada por la falta de respuesta de la víctima, por su inhibición ante ese acoso. La víctima es elegida por su silencio, por su imposibilidad de responder, como veremos con detalle posteriormente.

La escena del acoso incluye al acosador, la víctima, los testigos y el Otro adulto (padres, docentes), que no está pero al que se dirige también el espectáculo. Lo que los embrolla es la subjetividad y sus *impasses*, que pasa básicamente por hacer algo con el cuerpo que se les revela como un misterio, pero un misterio que habla y esa extranjería (otredad) los perturba e inquieta. Lacan lo anticipaba en 1967 cuando en una de las clases de su seminario decía «El Otro, en última instancia y si ustedes todavía no lo han adivinado, el Otro, tal como allí está escrito, ¡es el cuerpo!» (5).

Esa escena de acoso es más un acto de crueldad que una violencia. Nosotros sabemos bien el poder de las palabras y por tanto la elección de uno u otro término no es inocente ni inocua. El acoso es, descriptivamente, un fenómeno violento ya que supone forzar al otro pero es más interesante para nosotros resaltar lo pulsional que conecta la intención agresiva con las demandas del cuerpo. A esa conjunción le llamamos crueldad como un destino que damos a la pulsión sádica. Lo agresivo y lo sexual se intrincan.

Reducirlo a violencia complica las cosas y puede resultar engañoso por dos razones a evitar. La primera, que al generalizar el significante violencia y equiparar fenómenos muy dispares (Violencia de género, guerras, mafias), estigmatizamos a sus autores: «Jóvenes violentos».

La segunda es que en el acoso se trata de una falsa salida temporal. Falsa porque no resuelve el *impasse* de cada uno con su sexualidad, lo desplaza momentáneamente a otro. Y temporal porque es algo que va a encontrar luego otro destino a esa pulsión sádica, fuera del acoso. Mejor o peor, pero diferente. No suele haber casos de acoso escolar pasados los 16 años.

Salir del acoso que cada uno siente hace que, muchas veces, la acción resulte inevitable y manipular el cuerpo del chivo expiatorio bajo formas diversas: ninguneo (dejarlo de lado), insultos (injurarlo), agresión (golpearlo), son una solución temporal para calmar la angustia. Para los testigos es crucial no quedar del lado de los pringaos, aquellos designados como chivos expiatorios. Esa es la razón por la que callan los testigos o incluso, a veces, aplauden y miran la escena. En la investigación que llevamos a cabo (6), y que confirmamos luego en el día a día, su silencio o su complicidad les garantiza –esa es su ilusión– no ocupar el lugar de la víctima. Ese verdadero chivo expiatorio, cuyo sacrificio parece necesario e inevitable para frenar el acoso que todo púber siente por tener un cuerpo que no deja de inquietarle con sus nuevos mensajes y emociones, y ante

el que no siempre sabe qué hacer. Como dicen ellos mismos: «que no nos tomen por pringaos o *frikis*, que no nos confundan». Creen así que pueden nadar y guardar la ropa, ver como los acosadores manipulan el cuerpo del acosado y mantener el suyo a resguardo.

La escena del acoso –en su dimensión de *acting-out*–, es una escena que daría acceso a un cierto goce del cuerpo del otro a través del grupo, si seguimos las indicaciones de Jacques-Alain Miller en su texto «En dirección a la adolescencia» (7). Es como si la escena grupal –elemento presente en muchas prácticas adolescentes: masturbación, violaciones, consumos, conductas de riesgo– ayudase a cada uno a domesticar algo de ese empuje pulsional vivido siempre como inquietante e imperativo.

Una escena, pues, alrededor de «la extraña pareja» que cada sujeto forma con el objeto innombrable. Una pareja donde el amor/odio se confunden, un *odioenamoramamiento* (8) que vemos de manera clara en uno de los protagonistas de la película *Bully* –inspirada en sucesos reales– que se deja maltratar por su mejor amigo a la espera de ese signo de amor que nunca llega (9).

El impacto de este sadismo no es igual para todos. Eso explica la diferente vivencia que tienen los participantes en el acoso. Para la víctima es un traumatismo que guarda en secreto y deja huella durante mucho tiempo. No pueden confiar ese episodio a nadie, ni a padres, hermanos, amigos o profesores.

Para los acosadores y testigos, en cambio, puede ser un recuerdo adolescente más o menos culposo. La rabia es un afecto que encontramos a menudo en los testimonios clínicos y literarios (10) y que pervive durante décadas como el signo de ese acontecimiento traumático. Una conocida escritora catalana, Lolita Bosch, con una experiencia declarada públicamente como acosada, publicó recientemente una novela, ganadora de un premio, con el título «La rabia». Es el testimonio sobre su condición de víctima del *bullying*. La rabia es ese resto que permanece pegado a su cuerpo de esa experiencia adolescente.

Ese traumatismo deviene en un goce no reabsorbible, un punto intratable para el sujeto, algo que queda pendiente de elaborar y que, de no hacerlo, se puede actuar inconscientemente, repitiendo la escena del acoso ocupando el lugar de la víctima o revertiendo la posición y ejerciendo de acosador, como Marcos que tras años adolescentes de sufrir burlas por algún aspecto físico, él mismo, ya adulto, no deja de burlarse cruelmente de algún subordinado con formas similares.

EL SILENCIO DE LAS VÍCTIMAS

El silencio de las víctimas y la ceguera de los adultos (padres/docentes) tienen que ver, sin duda, con el miedo (externo) pero sobre todo está ligado a algo más consistente porque es más opaco y desconocido para todos, algo sin embargo muy íntimo. Esa escena pone en juego el fantasma particular y el

goce asociado para cada ser hablante. La vergüenza es un afecto habitual entre los acosados que los empuja al mutismo, a veces para siempre. James Rhodes, pianista y víctima de abusos sexuales regulares y brutales en la escuela de los 5 a los 10 años, lo explica así en su testimonio literario *Instrumental*: «La vergüenza es el legado que dejan todos los abusos. Es lo que garantiza que no salgamos de la oscuridad, y también es lo más importante que hay que comprender si queréis saber por qué las víctimas del abuso están tan jodidas. La vergüenza asegura el silencio, y el suicidio es el silencio definitivo» (11).

El acoso es un acontecimiento traumático porque implica el impacto de las palabras sobre el cuerpo, su efecto, que en ocasiones puede ser muy destructivo. Las palabras tocan y resuenan en el cuerpo y su sinsentido –aquello que todavía no es representable para el sujeto– las hace más hirientes, razón por la que en ningún caso es posible banalizar el fenómeno del acoso.

Un adolescente, de estilo gótico, nos explica cómo durante mucho tiempo un grupo de la clase se reía de él por ello. A él no le molestaba y nunca lo consideró un acoso ya que su estilo satánico era una elección de la que se sentía orgulloso, hasta que un día empezó a tartamudear y los acosadores captaron un signo de debilidad sobre el que desplegar su crueldad. Allí empezó, para él, el infierno del *bullying*. En las sesiones analíticas pudimos ayudarlo a entender la razón de su tartamudeo: hacía poco que había descubierto un episodio oscuro del padre el cual, en su juventud, había cumplido una pena de prisión por una violación. Este secreto familiar, ahora desvelado, lo dejó sin palabras, no podía dar un lugar a eso en tanto que le tocaba en su ser más íntimo.

Pero, al igual que reflejan los testimonios de muchos supervivientes de la Shoah (Levi, Semprún, Kertész), hace falta un tiempo para que puedan responder de ese suceso traumático. Elegir vivir es una opción que implica callar sobre esa vergüenza de existir. También para las víctimas del acoso se plantea el dilema de «la escritura o la vida» (12).

Cuando alguien no puede responder a la intimidación del otro, no se trata solo de diferencia o debilidad (características que, en ocasiones, lo pueden hacer valioso o sujeto a compadecer). Hace falta un dato más, presente en todos los casos: que no pueda responder porque esa escena le resuena de tal manera que conecta con ese fantasma particular. Lo sitúa en una posición de objeto que le produce horror pero también cierta satisfacción/fascinación inconsciente. Ese goce lo divide de tal manera que lo deja paralizado como al protagonista de la novela de Robert Musil, texto canónico sobre el acoso. El joven estudiante Törless asiste a la escena del acoso a Basini impávido, molesto y al tiempo fascinado. No sabe si es por la crueldad de los acosadores o por la falta de coraje de la víctima (13).

En casos extremos, esa objetalización es tan real que la falta de respuesta puede llevarlos al suicidio cuando la conciencia de ser una mierda o un desecho se les impone por la persistencia de la escena de acoso. El sujeto se capta allí en el momento de su desaparición y se produce algo que se asemeja a dejar caer el cuerpo. Una muchacha víctima de acoso nos

explica cómo se sentía cuando al salir de la ducha, en el vestuario escolar, se encontraba desnuda y sin la ropa que le habían sustraído: «miraba las toallas que habían dejado tiradas en el suelo y yo era una de ellas, algo que se usa para limpiar la suciedad y luego se deja tirada en el suelo».

PREVENCIÓN Y ABORDAJE DEL ACOSO ESCOLAR

¿Cómo hacer entonces para que todos los participantes de ese «espectáculo» dejen de asistir a él fascinados u horrorizados y se hagan corresponsables de la solución y no del problema, poniendo fin a esa escena cruel y sádica cuyas huellas psicológicas no son fácilmente olvidables?

La época nos dice que cuando detectamos un malestar en la infancia o en la adolescencia hay dos fórmulas *easy*, rápidas y sencillas. La primera es etiquetar ese malestar y medicarlo después. Cuando eso no funciona –y en el acoso parece complicado establecer un trastorno del acosador ya que no hay un perfil nítido– se recurre a la segunda: la judicialización, con el previo de las sanciones reglamentarias y protocolizadas.

Los recientes estudios dicen que esto último –que puede incluir expulsiones– no parece funcionar ya que, además, redobla la victimización del acosado, culpable ahora de su suerte. A nivel preventivo, es mejor guiarse por el doble principio ético de la participación y la corresponsabilidad, tal como hacen proyectos como el KIVA finlandés o el TEI (Tutoría entre iguales) catalán. Incluir a todos, y de entrada, como actores protagonistas de los planes de convivencia.

Y si el acoso ya se ha producido, de lo que se trata entonces es de implicarlos, a través de la palabra, en el abordaje del problema: conversar con ellos sobre lo sucedido y que tomen (su) posición clara. Para ello es bueno que escuchen algún testimonio del acoso, sea a través de la ficción (películas, literatura) o –todavía mejor– de situaciones más próximas. Eso les ayudará a darse cuenta que mirar para otro lado es siempre una falsa salida, y que hay otras más interesantes para ellos mismos.

Señaladas las virtudes de estos programas, propuestas «exitosas» sin duda en el abordaje del acoso escolar, hay que destacar cómo algunas ponen el énfasis en una omnivigilancia que evitaría cualquier manifestación de la crueldad, olvidando de esta manera que ese goce que sale por la puerta entra por la ventana y reaparece en otros escenarios, ahora más clandestinos: alrededores del centro educativo, comedor escolar, internet.

De igual manera ocurre con la proliferación de *apps*: Parental Click, *Stop Bullying*, B Resol, Zoom 1T, algunas de las cuales van en el mismo sentido: judicialización y detección. Eso no les quita valor pero las resitúa en sus posibilidades y límites.

Pretender eliminar la pulsión de muerte es ignorar que el sadismo es un resto educativo, un goce no absorbible. Los recursos simbólicos a

nuestro alcance, desde la educación misma, hasta la creación o el deporte, nos permiten darle un destino menos nocivo, convertirla en una excusa para hacer lazo con el otro (competitividad deporte, profesión) pero en ningún caso eliminarla. De allí que todas las respuestas al acoso deben contemplar estos límites y apostar por la participación y co-responsabilidad de todos los actores, siendo conscientes al mismo tiempo que un cierto fracaso es lógico y no debe impedir seguir adelante.

El odio sólido –del que hablaba Lacan– es buscar alcanzar el objeto *a* –eso más íntimo de cada cual– de aquel que sufre el acoso, reducirlo a un desecho, puro objeto de rechazo. Sustraer lo más singular que tiene es la base del moralismo, siempre implícito en el acoso que parte de una supuesta normalidad (de origen, estética, de modo de goce).

El arte ofrece también un tratamiento privilegiado de ese sinsentido mediante la construcción de una ficción. De allí la proliferación de testimonios literarios que tratan de bordear ese real que surgió traumáticamente en la vida de cada sujeto: Musil, Vargas Llosa, Paolo Giordano, Cercás.

APOSTAR POR LA CONVERSACIÓN EN RED

Los propios metanálisis ya mencionados coinciden, curiosamente, en valorar positivamente estrategias muy alejadas de los patrones clásicos de la psicoeducación o las soluciones universales, iguales para todos (14). Mientras que no dudan en admitir ampliamente (95 %) que las respuestas exclusivamente punitivas, y especialmente aquellas que segregan y excluyen a los alumnos, solo fomentan el odio entre ellos y la ruptura de los vínculos (abandonos).

Parecería que las aportaciones del psicoanálisis, ignorado por completo en esas investigaciones, arrojan más luz sobre ese real intratable y persistente en la tarea educativa.

Todas las iniciativas que hemos llevado a cabo por nuestra parte, y donde el énfasis ha estado puesto en la invención y no en el déficit, han generado intercambios positivos entre profesionales, familias y adolescentes capaces de atemperar esa pulsión autodestructiva, capacitando a todos en el abordaje de sus propias dificultades (15).

El éxito de las intervenciones requiere que la singularidad de cada alumno y alumna se recoja con suficiente detalle, que cada uno sienta que sus dificultades son escuchadas y tratadas sin volcarse en el grupo de manera anónima. Es por eso que los programas más efectivos son aquellos focalizados en sujetos o pequeños grupos.

La estrategia de intervención más exitosa es aquella que prioriza la conversación como instrumento de interacción que supone la participación e implicación de todos y todas, descartando modelos de interacción unívoca, en las que ‘el experto’ decide por todos.

Otro dato destacable es la continuidad de las intervenciones como un factor necesario para la consecución de objetivos y de impacto estable. La adolescencia es un tránsito pero no es un pasaje corto ni rápido. A veces, incluso, puede eternizarse. Todas las evidencias de trabajo en esta etapa constatan que la incidencia educativa solo se consigue si el acompañamiento se alarga un tiempo mínimo, que en ningún caso puede ser inferior a un año y lo deseable es entre 2 y 3.

Finalmente se destaca cómo el trabajo cooperativo, en cualquiera de sus prácticas (trabajo en red, grupos de discusión, grupos operativos por proyectos), mejora también los resultados al basarse en esos dos principios éticos irrenunciables: la participación y la co-responsabilidad. En el caso del acoso escolar sabemos que solo así es posible abordar un problema que ya de entrada se define por 'ser de todos' y no solo de aquellos que lo protagonizan en primera persona (16).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- (1) Ubieto J.R. *Bullying*. Una falsa salida para los adolescentes. Barcelona: Ned; 2016.
- (2) Ubieto J.R. Testimonios literarios del *Bullying*. En: La Vanguardia. Cultura(s). Sábado 20 de febrero de 2016. Disponible en Internet.
- (3) Lacan J. El Seminario. Libro 6. El deseo y su interpretación (1958-59). Barcelona: Paidós; 2014: 29.
- (4) Olweus D. Conductas de acoso y amenaza entre escolares. Madrid: Morata; 2006.
- (5) Lacan J. El Seminario. Libro 14. La lógica del fantasma (1966-67). Inédito.
- (6) Ubieto J.R. *Bullying*. Una falsa salida para los adolescentes. Barcelona: Ned; 2016.
- (7) Miller J.A. En dirección a la adolescencia. En: El Psicoanálisis, número 28, 2016: 15-26.
- (8) Lacan, J. El Seminario, Libro 20, Aun. Buenos Aires: Paidós; 1981.
- (9) Bully (2001). Dirigida por Larry Clark.
- (10) Ubieto J.R. Testimonios literarios del *Bullying*. En: La Vanguardia. Cultura(s). Sábado 20 de febrero de 2016. Disponible en Internet.
- (11) Rhodes J. Instrumental. Memórias de Música, Medicina y Locura. Barcelona: Blackie Books; 2015.
- (12) Semprún J. La escritura o la vida. Barcelona: Tusquets; 1995.
- (13) Musil, R. Las tribulaciones del estudiante Törless. Barcelona: Seix Barral; 1984.
- (14) Alegre, M. A., ¿Mejoran los programas conductuales las actitudes y los resultados de los alumnos? Disponible en Internet.
- (15) Azaña E., Pérez I. Ubieto J.R. ADOJO (A+J). Del déficit a la invención En: Butlletí d'Inf@ncia nº. 93, març de 2016. Disponible en Internet.
- (16) Ubieto J.R. *Bullying*. Una falsa salida para los adolescentes. Barcelona: Ned; 2016.

Daniel Cruz, Encarna Mollejo, Fernando González (Coords.)

ADOLESCENCIAS

NUEVOS RETOS, NUEVAS TRANSICIONES



ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE NEUROPSIQUIATRÍA
ESTUDIOS